LA ACCION DE GRACIAS

AQUELLA tarde
lo supo.
«Cáncer». El médico,
con mano solidaria, lo retuvo
del brazo unos segundos al marcharse.
Salió a la calle, cálido, seguro.

Ya en su casa, explicó a su esposa
lo irremediable de su mal, el justo
plazo que le quedaba de vivir.
Dijo adiós a los suyos,
y fué a cumplir el caro débito,
fugaz caudillo de su tiempo único.

Buscó en Toledo el sitio donde un día,
cara a cara, miró los ojos húmedos
de Dios surgiendo de un amanecer
violeta sobre el Tajo, y allí puso
un búcaro, unas flores,
y con agua del Tajo llenó el búcaro.

En Cádiz, en la playa
donde una noche caminó sin rumbo
loco de paz y música
hasta encontrar su verso y su futuro,
depositó en la arena el viejo lápiz
con el que quiso desvelar el mundo,
verso inicial temblando como el vuelo
de un espontáneo arcángel inmaduro.

Ante el cancel de un patio de Sevilla
—allí besó por vez primera y pudo
abrir en brillos una ardida carne—,
sonrió, e introdujo
su libro más amado (¡oh Bécquer!), entre
los hierros del cancel oscuro.

Estrelló contra el techo de un tranvía
de Madrid un racimo de uvas: zumo
llovido, gotas que bebió en memoria
de cierto instante mágico y difuso;
todos cantaban—recordó—y bebían
a la salud anónima de alguno,
mientras iba el tranvía
en la mañana hermosa, dando tumbos
de gloria y alma vareándose
con luz de sol y miel de júbilo.

En Barcelona,
escribió sobre el muro
de un antro de placer,
dos nombres juntos,
el suyo y el de aquella prostituta
que hizo cielo del suelo, amor del uso.

Con esto,
habiendo ya ofrecido a Dios los puros
dones que le debiera por las dichas
más altas, regresó a los suyos,
la pistola pidió y dejó la vida,
como quien deja la cosecha a punto.

MANUEL MANTERO